

Recuerdos
del reinado
de Luis XVIII,
Y ESPERANZAS DEL REINADO
de Carlos X.



VALENCIA:

1830.

LIBRERIA
DE
VALENCIA

15.

P-2

E

15

ecuerdos

DEL REINADO

DE LUIS XVIII,

y esperanzas del reinado

DE CARLOS X.

Recuerdos

DEL REINADO
DE LUIS XVIII,
y esperanzas del reinado
DE CARLOS X.

Escrito en frances
Por el Vizconde de Chateaubriand:

Traducido

Por Don Gregorio Perez de Miranda.



Valencia:
En la Imprenta de Cabrerizo.
1830.

Seminario de
HISTORIA

Unidad de Murcia
U.
M.
M.

He 36 - 692

PROLOGO.

Los escritos políticos no son de todos los tiempos, ni gozan del privilegio universal de que disfrutaban los escritos literarios. El novelista y el poeta no tienen que consultar en la publicacion de sus obras, sino los dias que necesitan para coordinarlas y pulirlas; pero el publicista solo puede imprimir las suyas cuando los acaecimientos políticos excitan el interés de su lectura, y recomiendan la sabiduría de sus máximas. El beneficio que puede sacarse de ellas, consiste sobre todo en presentar bajo un punto de vista filosófico y juicioso las cuestiones que por su naturaleza

pueden extraviar la razon, ó acalorar indiscretamente la fantasía.

En este sentido creemos que no dejarán de ser muy útiles las pinceladas con que un famoso escritor ha deslindado el carácter del Monarca tal vez mas magnánimo que han conocido los siglos, y con que augura llevado de un espíritu profético. los acontecimientos que han puesto fin al reinado de Carlos X. Deslumbrados por la rapidez é importancia de los sucesos, apenas hemos hecho alto en las virtudes de Luis XVIII, ni nos ha ocurrido estudiar en su conducta, no precisamente el modo de gobernar á los demas, sino el respeto que exige la armonía social, y la generosidad que debemos oponer en nuestro siglo al torbellino de la ambicion y al ímpetu de las venganzas. Los hombres no solamente se hacen buenos con las máximas severas de la moral

y con las dulces amonestaciones de la religion : tambien les conmueve el espectáculo de las puras costumbres de los ministros del santuario , y los virtuosos modelos de los que perteneciendo á clases menos regulares y austeras se propusieron imitarles. Los que se resistan á estas últimas pruebas, tienen un corazon empedernido para la virtud, y harto poco debe esperar la patria de sus luces.

De lo dicho se infiere el laudable objeto que nos anima. Elogiamos lo que es digno de alabanza, y presentamos por modelo lo que es digno de imitarse.

Recuerdos

DEL REINADO

DE LUIS XVIII,

y esperanzas del reinado

DE CARLOS X.

El Rey ha muerto!... ¡día de luto aquel en que hace ya treinta años se oyó la última vez tan lúgubre grito por las calles de París!.... ¡El Rey ha muerto, y la monarquía, gritaban, ya parece sumergirse debajo el sangriento patíbulo en que acaba de espirar tan noble víctima! ¿Adónde huir? ¿adónde que no alcancen los furores de la revolución y la segur de los anarquistas? ¿adónde que no encontremos á los que buscando una fama tan criminal como la de Heróstrato (1), pegan fuego al templo augusto de la patria? ¡Ah! muy presto sobre la cumbre del Pirineo

(1) Hombre obscuro y desconocido, que con el deseo de cobrar fama pegó fuego al famoso templo de Diana, edificado en el Asia menor.

y de los Alpes será preciso grabar aquellas terribles palabras que leyó el sublime espíritu del Dante en las puertas del infierno: *los que entreis en este sitio, renunciad para siempre á la esperanza* (1).

Llorad, franceses: habeis perdido el Monarca que os salvó, que os trajo la paz, que os restituyó los antiguos timbres del pabellon frances; pero en medio de vuestra angustia regocijaos con el eco de *viva el Rey*, que ya empieza á elevarse en el centro de la monarquía, y á resonar desde las márgenes del Rin hasta las orillas del Garona. Regocijaos con esta monarquía inmortal, particularmente protegida por la Providencia: por esta monarquía que bajo Henrique III defendiera los derechos de Henrique IV, y que bajo la victoriosa espada de Napoleon preparaba las pacíficas auroras del reinado de Luis XVIII. ¿Hay por ventura en todo el vasto campo de la historia, Monarcas que hayan dado al mundo tan nobles ejemplos de valor y magnanimidad como los de Francia? Henrique de Navarra se dedicó á hacer felices á sus vasallos, á quienes amaba como á hijos, y un cariño mas grande, si no tan tierno, hizo triunfar á Luis XIV para hacerles los árbitros de la balanza europea: Carlo Magno quiso establecer en beneficio suyo una monarquía universal, y renovar en París la grandeza de la antigua Roma, y Luis XVI subió humildemente al cadalso para aplacar con el sacrificio de su vida á los que perseguian á su pueblo por un fatal extravío de las ideas, por una funesta exaltacion.

(1) voi che intrate

Lasciate in questo loco ogni speranza!

Dante, *dir. com.* v. 347.

No menos ilustre y bondadoso que ellos Luis XVIII, de paternal y pacífica memoria, excita nuestro tributo de reconocimiento y de lágrimas. Nosotros lo vimos subir al trono con la inalterable paz de un hombre de bien, y lo hemos visto bajar á la tumba con la resignacion y las esperanzas del varon justo. Entonces los ejércitos extranjeros ocupaban el territorio de la Francia, y nos hallábamos rodeados de desgracias, de temores y de peligros. Nada se decidía aun: las legiones peleaban encarnizadamente en diversos puntos del reino: negociábase en París; y Bonaparte habitaba todavía el alcázar de Fontainebleau. El guerrero célebre tembló ante el Rey legítimo, que sin tener ejércitos, y sin venir revestido de la púrpura real, era mas peligroso para él que lo habian sido los bajeles de la Gran-Bretaña por llevar grabado en su augusta frente el prestigio de nobles y gloriosos recuerdos.

El primer servicio que el heredero de las flores de Lis hizo á su patria, fue el libertarla de la invasion europea. La capital de la Francia nunca habia sido conquistada bajo la dominación de sus legítimos Reyes: Bonaparte atrajo con su acero los extranjeros á París, y Luis XVIII los alejó con su cetro.

Un pueblo seducido por la gloria militar, deslumbrado con la brillante pompa de los ejércitos, con el fuego del entusiasmo, y con el poder de las conquistas, vió lleno de admiracion á un anciano frances desterrado y perseguido, que venia á colocarse al frente de la nacion como un padre que después de larga ausencia vuelve al seno de su familia, sin que pueda nadie disputarle la autoridad que á él

solo le conceden la naturaleza y las leyes. No le admiraron las nuevas grandezas y los últimos prodigios que se debian al valor de los franceses, porque nos traia en compensacion mil años de nuestras antiguas grandezas, de nuestros antiguos prodigios, y no temía oponer estas espléndidas memorias á los ínclitos laureles que adornaban la frente de sus hijos.

Este Príncipe comprendió perfectamente el espíritu del siglo: lleno de luces y de instruccion; habilísimo en el conocimiento de la historia; dotado de ingenio penetrante, de carácter bondadoso y apacible, y poseyendo el don de producirse con fluidez, elocuencia y dignidad, parecía como destinado á reparar los males de la Francia, á conjurar la tormenta de las revueltas, y á dar el primer ejemplo de una moderacion sábia y paternal. Si no deja de ser extraordinario que Bonaparte sometiera á su coyunda á los que proclamaban con el puñal en la mano la anarquía y la república, no es menos admirable que Luis XVIII haya sometido á sus leyes los brillantes guerreros del imperio, y reducido al silencio el espíritu de gloria, el furor de las pasiones y la vanidad de los Mariscales. Su noble presencia inspiraba una mezcla de respeto y de confianza; en sus expresiones resplandecía la bondad del corazón, y la grandeza de la alcurnia en sus miradas. Indulgente y generoso tranquilizaba á los que con justa causa podian temerlo, al paso que afable y halagüeño mostraba agradecida amistad á los que se apresuraban á ensalzarlo. En vez de hacer ostentacion de sus excelentes cualidades con perdonar públicamente los delitos políticos, prefirió el olvidarlos, espe-

cie de perdon mas noble, y que desnudo de todo orgullo cicatriza las llagas sin abrir nuevas heridas. Los dos rasgos dominantes de su carácter eran la moderacion y la hidalguía: por aquella conoció que la Francia debía tocar las ventajas de un gobierno mas racional que la suspicacia de Napoleon, y las convulsiones de la república; y por esta supo ser Rey en medio del infortunio y del destierro, como se manifiesta en la hermosa contestacion que diera á las proposiciones de Bonaparte.

Aunque el reinado de este hombre grande ha sido corto, no dejará de ocupar en la historia un lugar muy distinguido. Sea una prueba de ello la observacion tan ingeniosa como verdadera de que el período que ocupa no se pierde en la brillantez que ha dejado tras de sí la época mas espléndida que dichosa del consulado y del imperio. Si hay una razon para que se pregunte lo que hizo Carlos II despues de la muerte de Cromwell (1), y se echa en cara á aquel

(1) Mas feliz Bonaparte que Cromwell, halló vacante el trono de la Francia, y no tuvo para ocuparlo de manchar sus manos en la sangre de sus reyes. Sin embargo, aquellos príncipes, cuya principal virtud no es la humanidad, tienen inexplicables momentos de ferocidad ó de ira, en los cuales parecen querer inspirar torpe admiracion mezclada de terror pánico á los numerosos pueblos que contemplan sus acciones. Cualquiera que fuese la complacencia que sintió Bonaparte al saber la muerte del Duque de Enghien, debió ser sofocada por la dolorosa impresion que causó á todos los habitantes de su imperio. «Mi política lo exige» dijo á los que quisieron desaconsejarle aquella accion indigna de un Rey magnánimo, y la misma respuesta dió á las lágrimas y entusiasmadas súplicas de su esposa. Sin duda creyó que semejante golpe lo haría pasar tan fácilmente por un gran político, como las campañas de Egipto y de

Rey del malogrado linage de los Estuardos, que en vez de restaurar las buenas leyes, solo restauró los abusos que habian ya perdido á su familia; nunca se podrá decir que Luis XVIII se haya sentado en el trono de la Francia sino para dispensar á este reino las dulzuras de un gobierno que habia desgraciadamente perecido entre el volcánico vaiven de las conmociones políticas. *Napoleon se perdió en un bosque de laureles*: el humo de los inciensos trastornó sus potencias; y llegose á creer un semi-dios, porque las desgracias aun no le habian revelado que se abrigaba en su pecho la debilidad de un hombre: Luis XVIII fue tan moderado en el solio, como habia sido grande en el destierro; y si los contratiempos no le pudieron amilanar en la desgracia, tampoco en su prosperidad le deslumbraron los brillantes atributos del reino mas floreciente del mundo. Ningún hombre medianamente versado en la historia de las naciones, podrá ignorar cual es el Soberano que supo reorganizar una monarquía legítima sobre las mismas ruinas en que habia elevado un guerrero una monarquía

Italia por un capitán diestro y esforzado. Esto nos prueba que un Rey puede adquirir el título de grande sin ser conquistador, y que en nada influye para ser un gran Rey el ganar muchas batallas.

¿Y que pretendian por otra parte los que en 1793 marchaban al frente del gobierno? Impedir la reorganizacion de la monarquía, el regreso de los emigrados, y el restablecimiento de los Borbones. No obstante, la monarquía fue restablecida por Napoleon, los emigrados han vuelto pacíficamente á sus hogares, y los Borbones á ocupar el trono de Carlo Magno. Compárense los diversos períodos que acabamos de citar, y digasenos despues si el incienso que tributamos á la memoria de Luis XVIII, es el obsequio de la lisonja ó el homenaje de la justicia.

7
despótica: pagar las deudas del estado restableciendo el crédito público despues de la rapacidad republicana y de la bancarrota imperial, y volver á la Francia el prestigio militar que parecía haber perdido en los campos de Waterloo, inspirando á sus ejércitos aquel deseo de gloria é hidalgo pundonor que los hiciera famosos en tiempo de Henrique IV. Su reinado será mas grande á medida que lo contemplen las gentes desde mayor distancia: la posteridad lo mirará como una nueva era de la monarquía, como la época en que se resolvió el problema de los singulares acaecimientos que amalgamaron bajo un mismo sistema los héroes y los príncipes, las brillantes teorías y los elocuentes partidarios, todo lo que había en fin de sábio y de virtuoso en lo pasado, con todo lo que hay de grande y de espléndido en lo presente. Al aspecto de las dificultades que Luis XVIII ha tenido que vencer para llevar á buen término tan vastos designios, nuestros nietos alimentarán en favor suyo una admiracion sábia y justa. Y no dejará esta de aumentarse al observar que un Monarca que tanto sufriera, ha vuelto á sus hogares para restablecer la paz y darnos el inesperado ejemplo de aborrecer la venganza: Luis XVIII no debia á su patria mas que desgracias, y sin embargo entró triunfante en ella solo para hacerla feliz: hallose de repente en medio de los mismos partidos que lo desterraron á un pais extranjero é hicieron subir á Luis XVI al cadalso; y una sola palabra suya tranquilizó los ánimos, conjuró tantos elementos de discordia, y alejó la tempestad de nuestro suelo. Desde entonces solo se vió en él á un Monarca venido para reparar los males

que treinta años de contiendas habían sembrado en el territorio francés, y no hubo un hombre de bien que no corriese á colocarse debajo su angusto manto, con el deseo de volver á las felices auroras que nos vieran cultivar pacíficamente las letras, la agricultura y las artes.

Tal es el Soberano que acabamos de perder. En uno de los inviernos mas rigurosos, viose obligado á huir por el norte de destierro en destierro con los hijos de nuestros Reyes, y sus pies sufrieron extraordinariamente por el riguroso frio de aquellos climas. Sus dolencias en cierta manera fueron obra nuestra; mas nunca se acordaba de eso en medio de sus largos padecimientos y dolores. En el momento mismo de espirar, manifestaba una serenidad tan apacible que podia imponer á la misma muerte, despreciando con ánimo varonil la agudeza de unos males que habrian amilanado á cualquiera en el fuego de la juventud, y contando con la resistencia de la robustez. Despues de haber recibido el santo viático, bendijo con trémula diestra, pero con apacible semblante, al hermano, llamado tiernamente á su lecho fúnebre, al sobrino, á quien nombró siempre hijo adoptivo, y á la hija de Luis XVI que iba á quedar huérfana por segunda vez con la muerte de Luis XVIII.

Entre tanto el pueblo daba señales nada equívocas de su dolor. Esencialmente monárquico y cristiano cuando no lo extraviaban por otros senderos, rodeaba el palacio real, atropellábase en las iglesias, recogía las menores noticias con la mayor impaciencia, y buscaba siempre en ellas algun indicio de esperanza. Nada puede darse que sea mas tierno, que

la silenciosa muchedumbre que se comunicaba en voz baja sus esperanzas y sus temores en torno del alcázar de las Tullerías, guardando la mayor quietud y compostura por no turbar el reposo del augusto enfermo. Podía decirse al presenciar ese rasgo de noble ternura, que el Rey moribundo era velado y defendido hasta el último instante por su pueblo.

La sacra religion, olvidada con frecuencia en los dias de la prosperidad, pero invocada siempre en las auroras del infortunio, aumentaba el respeto y el general entusiasmo con sus solícitas y fervorosas plegarias. Ella entonaba ante la imágen del Dios vivo aquel cántico de Ezequías que imitó tan felizmente un ingenio frances inspirado por las divinas Escrituras; aquel *Dominus salvum fac regem*, que el amor á nuestros reyes ha hecho tan popular. Lágrimas deramaron los ojos de los circunstantes, viendo á nuestros magistrados dirigiéndose á pie al templo santo, para interceder por aquel á quien debíamos inmensos beneficios. Notábase sobre todo al frente de corporacion tan augusta, el ilustre anciano, que despues de haber defendido la vida de Luis XVI en el tribunal de los hombres, iba á pedir la de Luis XVIII á un juez que nunca ha condenado la inocencia.

El desmayo que sobrecogió al Rey doliente dos dias antes de espirar, hizo creer á todos que ya hubiese muerto, y cuando volvió en sí, se manifestó enternecido al oír las oraciones de los agonizantes que estaban diciendo en derredor de su lecho. Lleváronle los dos hijos del malogrado Duque de Berry; y aunque sus ojos, eclipsados con el velo de la muerte, no podían verlos, extendió los vacilantes brazos sobre sus cabezas, y murmuró una devota plegaria, por la que

suplicaba al cielo que protegiese aquellos vástagos de una familia ilustre y desgraciada. Así los antiguos Patriarcas bendecían antes de espirar á los hijos de sus hijos, atrayendo sobre ellos el cúmulo de bendiciones con que el cielo les habia protegido en su peregrinacion sobre la tierra.

Falleció en fin en medio de su llorosa familia el día mismo en que le habia anunciado tal desgracia. Parece que hubiese medido la resistencia de sus fuerzas con aquel poco aprecio de la vida, aquella libertad de conciencia y sangre fria que no dan lugar á las ilusiones de una falaz esperanza. Bien presto en medio de una pompa súnebre y de los sollozos de todos sus vasallos, descendió á aquellas subterráneas mansiones, que no habian respetado los hombres cuando hacian gala de manifestarse impíos. Las conmociones políticas habian derribado del solio á nuestros Reyes, y hasta profanado las tumbas donde tranquilamente reposaban sus restos; pero Luis XVIII, al mismo tiempo que consolidaba el trono para Carlos X, disponía un decoroso sepulcro á los mutilados restos de Luis décimo sexto.

Aquel, ó franceses, que os anunció á Luis el deseado, aquel que hizo oír su voz en favor suyo durante los días de eterno duelo y amargura, os habla ahora en muy diverso tono de las nobles cualidades del sucesor de Luis XVIII. Hace diez años que lo estais contemplando, siendo á la vez súbdito leal, padre tierno, y respetuoso hermano: hace diez años que vino como los heraldos de la antigua Francia á anunciaros la aurora de la felicidad, y á lanzarse entre vosotros y la Europa llevando la pacífica y victoriosa oliva. Desde entonces os complacisteis en contemplar un Prín-

cipo que conserva en la edad madura toda la elegancia de la juventud, y que nos recuerda los ilustres y científicos personajes que embellecian con su cultura y su talento la corte de Luis XIV. ¡Quiera el cielo que la corona sea una ligera carga para la canosa frente de ese caballero cristiano! ¡Que piadoso como san Luis; afable, indulgente y justiciero como Luis XII; cortés é hidalgo como Francisco I; franco y heroico como Enrique IV, goce en el último tercio de su vida de la felicidad que por largos años le arrebataron los tumultos y las conmociones! ¡Que el trono donde hallaron tantos Monarcas la agitacion y la discordia, sea para él un lugar de descanso y de perpétua delicia! Todos conocemos cuan penoso ha de ser á su corazón el subir las gradas de ese solio para ocupar el sitio de un hermano querido; pero debe permitir á los que respetan su leal amargura, el buscar en su afabilidad, en su benigno carácter, en sus luces, el consuelo de la última desgracia que han sufrido, y una esperanza para lo venidero!

Corramos á guisa de vasallos fieles al pie del trono de la Francia, y reconozcamos en el nuevo Rey el modelo del honor y las dulzuras de una sólida paz. ¡Levanten nuestros soldados las banderas en medio de la ceremonia augusta, y vea el mundo entero en la armonía de todos los franceses, en la union del pueblo y del ejército, el áncora de la balanza europea, y la mejor garantía para que no se rompan los misteriosos eslabones que la encadenan!

Las fiestas de Reims en la historia de los Reyes de Francia, se hallan como colocadas junto á las pompas de san Dionisio. Asi es, que en las suntuosas

honras de Carlos el Victorioso (1), mientras que dos fieles vasallos morian repentinamente de dolor en el instante en que el maestro de ceremonias rompía su baston, otros no menos fieles preparaban ya en el tesoro de las bóvedas del mismo san Dionisio las doradas espuelas, las manoplas de acero, la cota de mallas, el limpio almete y la túnica donde brillaban bordadas las Lises de oro, preciosas galas que debian servir para la coronacion de Luis, á quien llamaron padre del pueblo. ¡Grande leccion para los Monarcas tomar de sobre un féretro los espléndidos atributos del poder!

Segun una antigua costumbre, el nuevo Rey debia dirigirse á Reims montado en su mas brioso caballo al frente de su familia y de sus guardias. El Arzobispo de aquella ciudad célebre, primer Par eclesiástico del reino, hacia los gastos de la coronacion, y presentaba uno de los cuatro testigos que se requirian sobre los doce que exigía el título cincuenta y ocho de la ley Sálica.

Las famosas palabras que pronunció el Arzobispo *Aldaberon* en el momento de ungir á *Hugo Capeto*, pueden igualmente ser aplicadas en el dia al verificarse un acto tan interesante y solemne: »La coronacion de un Rey de Francia, dijo, es ceremonia de inte-

(1) Como algunos pudieran creer que tomo aquí Carlos VII por Carlos VIII, bueno es advertir que los autores antiguos llaman á este el *Victorioso*, y dan á aquel el renombre de *Conquistador*. Por tener semejantes títulos casi el mismo significado, los han confundido en los tiempos sucesivos. Acaso hubiera sido mas discreto el designar á Carlos VIII con los sobrenombres de el *Afable* y el *Cortés* que le prodigarón igualmente sus contemporáneos.

res público, y de ninguna manera un asunto de familia." *Publica sunt hæc negotia non privata*. Dignese Carlos X pesar el valor de unas palabras célebres, dirigidas al fundador de su dinastía, y estoy seguro de que las lágrimas que ha derramado sobre la tumba de su hermano, no le habrán de recordar que va á reemplazar al Rey mas magnánimo y filósofo. Los diputados que le acompañen á la fiesta, los magistrados que concurren á autorizarla con sus luces y dignidades, y los guerreros que desplieguen en ella su fuerza y su destreza en ostentacion del alto destino que les cabe de custodiar y proteger al Rey de los franceses, sentirán renacer en lo íntimo de sus corazones aquel espíritu de fidelidad y de gloria que tan prepotentes hizo á nuestros padres. Carlos VII armó á algunos caballeros en su coronacion: el primer Rey cristiano de la Francia recibió el bautismo en ella con cuatro mil de sus compañeros de armas; y es de esperar que Carlos X creará igualmente con las esperanzas y los recuerdos que nos trae millares de defensores á la buena causa.

Allí pues veremos al Príncipe, objeto de tanto amor, colmando los votos de sus pueblos: allí oiremos al anciano prelado que al presentarle la corona de Carlo-Magno, el cetro símbolo del poder, y la espada símbolo de la justicia, dirige al cielo aquella admirable súplica reservada para tan grandiosa ceremonia. » ¡O Dios que riges y aconsejas á los pueblos, comunica á este tu siervo el espíritu de tu sabiduría... » Desde hoy resplandezcan en su reino la equidad y la justicia: hayan socorro nuestros amigos, obstáculos y resistencia nuestros contrarios, los afligidos consuelo, los jóvenes enseñanza, los ricos modelos

»de generosidad, compasion los indigentes, hospita-
 »lidad los peregrinos, y todos sus vasallos proteccion
 »y asilo en el seno de la patria! Inspírale para que
 »dominándose á sí mismo, sepa gobernar sábia y mo-
 »deradamente á su pueblo, y darle, ó Señor, en su
 »propia conducta el dechado de las mas perfectas vir-
 »tudes!» Pronunciada esta plegaria, y habiendo re-
 cibido el poder de las manos de la religion, aparecen
 mas grandes y augustos nuestros Reyes, saliendo como
 regenerados de las fuentes mismas en donde lo habia
 sido Clóvis.

No deja de ser acacimiento de gran peso el que
 un Monarca moribundo transmita el trono de san Luis
 á su sucesor legítimo, y como en el sacrificio de Luis
 XVI no hubo semejante vínculo, hace ya medio si-
 glo que no se habia visto un acto tan tierno en los
 pueblos de la Francia. El holocausto del Rey martir
 se hizo en medio de la plaza pública: no depositó sus
 restos una pompa funeraria, ni templó el dolor de su
 muerte la sacra ceremonia de una coronacion: ¡ah!
 en medio del luto, del terror, y de las lágrimas que
 han hecho tristemente memorables aquellos dias, pue-
 de decirse que se vió en la Francia algo de las tinieblas
 que cubrieron á Jerusalem en la muerte del justo.

Verdad es que en el discurso de pocos años la Eu-
 ropa atónita contempló á un caudillo que lleno de au-
 dacia y arrogancia no titubeaba en desceñirse el lau-
 rel de las batallas para adornar sus sienes con la diade-
 ma de Luis XIV; pero aquel acto tan famoso en los
 anales de la guerra, será mirado con desden por los
 ojos de la historia. Bien conocemos que el entusiasmo
 y la admiracion que excitan los triunfos bajo el régimen
 del imperio, nos lo hacen contemplar con el mismo

prestigio que los de Ciro y de Semíramis; pero ¿cual ha sido el fruto de tan orgullosos laureles? Vanas decoraciones de teatro de las que solo nos quedan nubes de humo y confusos recuerdos! Las solas hazañas dignas de eterno renombre, son las que fundan y consolidan los estados; y así como las batallas de Maraton y de Salamina han hecho mas impresion en los hombres que las del Gránico y Arabela, moverán con mas pujanza el entusiasmo de nuestros nietos las de Federico II, que las jornadas donde recogió el cetro imperial Napoleon Bonaparte. En todas épocas ensalzará el guerrero á este famoso adalid; que durante diez y seis años fue el árbitro de la balanza europea; pero el observador moralista, el hombre sinceramente amante de su pais, que solo aprecia el valor en cuanto contribuyen á la estabilidad y á la dicha de las naciones, solo doblará la rodilla ante aquel Rey de Prusia que por medio de sagaces esfuerzos y de constancia heroica, extiende y consolida su reino contra tres potencias de primer orden, y semejante al intrépido Horacio las abate y las humilla, y adorna su ínclita frente con la corona de la inmortalidad. Y si Federico el Grande logró tan sólidas ventajas en el campo de batalla, Luis XVIII las consiguió desde el solio por medio de una moderacion sabia y de una alma filosófica y sublime. ¿Que valen las setenta acciones compales que se dieron desde 1792 á 1815, si ninguna de ellas trajo á la Francia los hermosos dias que hemos debido á las virtudes de Luis el deseado? Es cierto que destruimos en Jemapes el ímpetu de los Reyes conjurados contra nosotros, y abatimos en Marengo el orgullo del Austria; en el momento mismo en que su cetro de hierro iba á esclavizar la Italia; pero ¿nos trageron, repito, tales

triumfos la dulce paz interior, la prosperidad de las ciencias, y el manso temple que se requiere para el cultivo de las artes?

Luis XVIII hizo la guerra á nuestros vecinos con la misma moderacion que gobernaba sus vasallos. Sus ejércitos recobraron el renombre militar en los fértiles campos de la España, que parecen ser en todas las edades la espaciosa arena donde se discuten los destinos de las grandes naciones. Allí lucharon Roma y Cartago, César y Pompeyo, el mahometismo y la religion cristiana, el antiguo y el nuevo mundo, la Inglaterra y Napoleon: allí lucharán tal vez las naciones de la caduca Europa con los florecientes pueblos de la América, y por un resultado natural de tan importantes combates, se disputarán igualmente en su seno la Rusia y la Gran-Bretaña el cetro del mundo antiguo.

No se ocultaba á su perspicacia que la Inglaterra es la mas rica de las naciones, por quanto posee mayor número de fábricas, cédulas de banco y otros signos representativos de la moneda, armadas navales y toda clase de bajeles mercantiles; pero tambien consideraba en la Rusia la potencia mas colosal y temible para las guerras que hubieran de decidirse en el continente. Colocada la Francia en medio de esos dos gigantes, y no siéndole lícitas las tentativas para elevarse hasta ellos, debia proceder con la mayor circunspeccion, á fin de no despertar sus celos, y con la mayor actividad al mismo tiempo al efecto de reconquistar el puesto que se le debe en la balanza europea. Solo un hombre muy versado en los cálculos láberinticos de la diplomacia, podrá comprender cuan difícil fuese el conquistar esto por medio de sábias ne-

gociaciones, y teniendo sobre sí el argos de la santa alianza. Con ejércitos aguerridos, con un deseo inextinguible de gloria y de aplausos, y una vez embriagado el guerrero con los inciensos que le tributan los hombres, le es tan fácil abrirse una senda para llegar al trono, como difícil el atinar despues en los medios de conservarlo. Pero cuando nos hallamos sin legiones, sin prestigio militar, sin vasallos que sinceramente nos amen, y rodeados de reyes que sinceramente nos odian, se necesita un genio verdaderamente sublime para ir ganando el afecto de los pueblos, sin despertar el resentimiento de los príncipes, y echar silenciosamente las bases de una sólida prosperidad. Asi que la veraz historia resucite los elementos misteriosos que yacen sepultados entre las ruinas del trono imperial, y sin temor de ofender á ningún pueblo, pinte con enérgico pincel las causas que apresuraron la caída de Robespierre, el destronamiento de Napoleón, y el triunfo de Luis XVIII; se verá que se alzó el primero con la hoz del pueblo, que el segundo se sostuvo por medio de una gloria pasagera, y que si se elevó el tercero con el auxilio de las potencias aliadas, se conservó en el trono por sus benéficas virtudes. Bonaparte hizo ostentacion de la púrpura imperial; para usurpar una influencia decisiva sobre las demas potencias; y acostumbra las á humillarse respetuosamente ante el pabellon frances; y Luis XVIII empuñó el cetro de san Luis para sofocar los alborotos, y apaciguar el frenesí y el entusiasmo que habian causado tantos males. La Francia debe al Emperador los aplausos de la Europa; pero solo á Luis la felicidad de que disfruta, y la robusta fuerza con que mantiene respetuosamente á tiro de

lanza á aquellos mismos que le quisieron dictar leyes. Recuérdos grandes, coronas cívicas y otros militares emblemas adornarán un día la tumba de aquel genio emprendedor y despótico, mientras las lágrimas de sus vassallos y las bendiciones de los hombres virtuosos, serán los laudables trofeos que indicarán á nuestros nietos el sepulcro de este bondadoso Monarca.

Cuando se decidía en los campos de Waterloo por quien habian de quedar los destinos del mundo, los hombres que raciocinan, los que se precian de recto corazón y de ingenioso juicio, manifestaban públicamente el interés que tomaban en que el mediodía de la Europa no volviese á caer bajo el yugo de Napoleón Bonaparte. La España seis años había que estaba combatiendo por su cautivo Rey; la Rusia y la Inglaterra admiraron su heroísmo, y favorecieron el impulso que se dió enérgicamente á sí misma; y las demas naciones, arrastradas tambien por semejantes ejemplos, sacudieron el torpe miedo que por largos años la había esclavizado, y lucharon para colocar á Luis y á Fernando al frente de las naciones que valerosamente los llamaban. ¡Felices los Reyes que reinan con tan agradable prestigio! el trono es para ellos el sitio donde ejercen la justicia, donde labran la felicidad de los demas, donde reciben los tributos del reconocimiento y la imparcial aprobación de una recta filosofía.

Para hacer debidamente el elogio de Luis XVIII sería preciso describir con verídico pincel lo que fue la patria desde 1790 hasta 1815, y contraponer el horroroso cuadro de los desastres de aquel período á los apacibles dias del reinado de que hablamos. La Francia llegó á perder hasta la idea de la moral y de

la religión, cuando de las sociedades de los Jacobinos salían aquella muchedumbre de libros irreligiosos y sangüinarios, destinados á propagar en la sociedad los detestables principios que habian exasperado la bilis de sus autores. Lejos aun de imitar estos la noble audacia de aquellos pueblos salvajes, pero generosos, que inscribian sus nombres en las flechas, que disparaban al enemigo, ocultábanse en sus tenebrosas asambleas, y solo se atrevian á salir, cuando el frenético entusiasmo de un populacho feroz, les prometía un fácil triunfo sobre víctimas desarmadas é indefensas.

(*) En contraposición á tan funestos extravíos, y parecerios una felicidad el régimen directorial, la pompa del consulado, y la grandeza del imperio: solo por medio de una graduación como ésta hemos podido volver al paternal gobierno, que desde infinitos siglos ha sido la felicidad y el orgullo de este país que parece el suelo clásico de grandes crímenes y de heroicas virtudes.

Pero toda vez que hemos llegado á tan suspirado término, y que las nobles cualidades del Rey difunto nos han enseñado á conducirnos en épocas tan desastrosas y funestas, sería el mayor de los delitos no clavar sobre su tumba los resentimientos y el espíritu de venganza, que por tanto tiempo desgarraron el seno de nuestra patria. El hombre que nos ha traído la paz es el que tiene mas derecho á nuestra obediencia, y el que con mas justo motivo debía indicarnos la senda por donde hemos de marchar. El menor ultraje á la humanidad, el mas leve movimiento contra la moderación y la mansedumbre es una injuria á los manes de Luis XVIII.

Si nos hemos de hacer dignos del amor que nos manifestó, y si es justo que resplandezcan en los li-

jos las virtudes que honraron á los padres, la Francia debe ser desde hoy en adelante la nacion mas benéfica y moderada de cuantas pueblan la tierra. El espíritu humano adornado con todas las nociones de lo bello, y contando en sus brillantes anales los extraordinarios descubrimientos, que al mismo tiempo que prueban su inmortalidad, prestan al sistema social los medios para ser grande y dichoso, carece sin embargo de modelos de lo justo, y de varones llenos de experiencia, tolerancia y virtud, que lo iluminen con respecto á su conducta moral. He aqui lo que hallamos en nuestro Rey, asi que desde el trono de san Luis (1) humilla sin derramamiento de sangre á los enemigos del verdadero poder, como hiciera este héroe llevado de un piadoso celo por la religion de Jesucristo.

Si para hallar un consuelo que temple el pesar de tan gran pérdida, apartamos los ojos de su sepulcro, y los dirigimos al trono donde ya se sienta su sucesor, renace en nuestros pechos la esperanza de un reinado tan delicioso y pacífico como el que acabamos de disfrutar. Brillan en el augusto Carlos las generosas cualidades del magnánimo Luis, asi como en los vasallos del primero la mas tierna deferencia por las

(1) Los enemigos del poder en tiempo de san Luis eran los barones llenos de riquezas y de vasallos, que oponiéndose constantemente á los deseos y providencias del Rey, suscitaban la division en el estado, y mantenian en su seno el desenfrenado volcan de la discordia. Las cruzadas que llevó á efecto este gran Príncipe empobrecieron á los nobles, é hicieronlos mas obedientes á las órdenes de sus Reyes. Pudo desde entonces sin riesgo de promover una guerra civil, proteger á las clases mas ínfimas del pueblo contra las vejaciones y la codicia de los grandes; medio por el cual, al paso que restituía á la corona sus derechos, adquiría el noble título de bienhechor, y padre de sus vasallos.

desgracias y la conducta del segundo. Bórrense, pues, de la memoria de los franceses los criminales tumultos que asolaron nuestra patria; olvidenlos como hacen nuestros Reyes para no pedir por ellos ningun género de satisfaccion, ni perseguir acaloradamente á sus autores; pero acuérdense de que los pacíficos dias del último reinado nos han vuelto á las útiles tareas y al manso templo de los espíritus que felices hicieron nuestros padres en los tiempos de Henrique IV.

¡Ojalá conceda el Ser supremo la inmortal corona de san Luis al Monarca que lloramos, y derrame sus bendiciones sobre la sagrada frente del Monarca que adquirimos! Si el destino le tiene reservadas otras desgracias, si las turbulencias que hicieron con el siglo no se han extinguido aun, y nuevas oleadas han de combatir el tronó de nuestra patria, quiera Dios que respete el rayo de la revolución el laurel que adorna sus sienes, para que nunca nos falte la esperanza de deberle algun dia la felicidad que disfrutamos bajo el gobierno paternal de su antecesor. Atrévome á augurar á la Francia nuevos trastornos y conmociones políticas; pero tampoco creo engañarme asegurando su corta duracion: acaso nos reserva el destino una nueva orfandad, y al sucesor de Luis XVIII las mismas peregrinaciones y destierros que sufrió en su primera juventud:..... si tal sucediera, la corona misma que le ofrecen los franceses en París, irian á ofrecérsela otra vez al lugar de su destierro. La ilustracion de los hombres, y las desgracias que desde medio siglo están sufriendo, les han enseñado á no amar otro gobierno que el que puede hacerlos felices, inclinándoles á respetar la virtud y á respetarse á sí mismos. Asi como el sistema gubernativo de Constantinopla

solo conviene á pueblos groseramente atrasados en la carrera de la civilizacion , publican las naciones el republicanismo cuando una superficial charlataneria indica ya que se hallan en su fatal decadencia. Los unos hacen gala de una ferocidad ignorante , los otros se vanaglorian de una sabiduria profunda ; y sin embargo yerran los primeros porque se hallan en la infancia , y alucinanse los segundos porque se hallan en la vejez.

Los Monarcas del Oriente se nos muestran como los árbitros absolutos de la suerte de los pueblos , y sus vasallos como gentes destinadas á sufrir embrutecida y deplorable servidumbre. Si repasamos la historia de las naciones del Asia , veremos con admiracion que desde muchísimos siglos no hay mas leyes en aquellos climas que la voluntad de los príncipes , los cuales , sin embargo de carecer de toda ilustracion , son respetados como poderosas deidades , ante quienes las naciones deben prosternarse en silencio. Allí carece el hombre de voluntad , el Monarca de gentes ilustradas para hacerlo feliz , el sacerdote de las inspiraciones de la religion verdadera para inclinarle á la virtud , y lo que es mas digno de nota que los hombres se ciegan en orden á semejantes calamidades hasta el punto de bendecir con imbécil humillacion las voluntades del Sultan elegido por el capricho , y los preceptos del sacerdote que les predica el bárbaro culto de Mahoma. Tal es el pueblo á quien no ilustra la moral del Evangelio , y á quien no suavizan los adelantos de la civilizacion.

Pero ¿es mas digna de elogio la suerte de las naciones que se apartan por un extremo contrario de los límites de una moderacion sabia y juiciosa? Vedlas esforzándose para establecer una quimérica in-

dependencia, y envolverse en preocupaciones sangrientas, origen fecundo de graves y perpétuas discordias. Aunque hay mil causas físicas y morales que imposibilitan la existencia de las repúblicas, ellos las proclaman, las organizan, todos se figuran reyes, todos quieren ser legisladores.

No hay estado republicano que para mantener esas espléndidas teorías, no recurra á medios extraordinarios y violentos: distribúyense las tierras, niéganse las deudas, públicanse comunes los bienes, y amonónanse leyes contra el lujo, recomendando la frugalidad, persuadiendo la filosofía, mientras falta una ley que reconcilie los ánimos, y haga á los pueblos verdaderamente dichosos. Semejantes á aquellos bajajes que buscando países imaginarios se abandonan al furor de las tormentas y navegan por mares desconocidos, hasta que se estrellan contra los ásperos escollos de una tierra inhabitada y desierta; busca el gobierno republicano un clima igualmente fabuloso, donde las gentes no tengan vicios, ni amor propio, ni pasiones. Para convencernos, empero, de que no es capaz de formar al hombre ni de labrar su felicidad, basta el notar su inconstancia; su término breve, las eternas divisiones que lo ensangrientan, y los estrechos límites de los territorios en que se conservára algun tanto en otros siglos. Los que claman por esta última medida son gentes poco perspicaces, que nó advierten que con ella dividian hasta lo infinito á las naciones civilizadas, que el desnivel y los celos de los estados pequeños harian derramar ahora tanta sangre como la prepotencia de los barones en la media edad, y que la desproporcion que habria en las naciones, moviera sin remedio las unas contra las otras,

destruyéndose para siempre el importante equilibrio de la balanza política. ¡Ah! si otra vez volviésemos á caer en semejantes errores, no se pasaría mucho tiempo sin que corriéramos á rogar á nuestro legítimo Rey que hiciera lucir de nuevo los dias del reinado del Monarca que acabamos de perder. ¡Y acaso las naciones civilizadas habrian de imitar por largo término la ferocidad de aquellos pueblos salvages, que, aguijoneados por el hambre y por su misma inclinacion, animosos quanto crueles, excitados con el recuerdo de sus victorias, y despreciadores del peligro á que van á arrojarse, se dejan llevar de un frenético entusiasmo, y entonando bárbaras canciones acometen, combaten, vencen y beben despues con algazara en el cráneo de sus enemigos! Por mucho que pueda con los franceses actuales el amor á la novedad y el ódio á los hombres que tratan de destruirla; por mucho que se alicinen con la brillantez de un partido y con el prestigio de un genio audaz y fecundo que les guie por entre el estruendo de las conmociones políticas, conocerian muy pronto que la venganza ha de cesar, y volviendo la vista á su alrededor confirmarán este feliz sentimiento con la contemplacion de los males que su celo indiscreto y mal dirigido ha ocasionado á la patria. La memoria de las virtudes y de la conducta sábia de Luis XVIII, nos hará cuerdos en lo sucesivo: ella destruirá las persecuciones que tal vez esperan á Carlos X, y ella lo restituirá al trono de sus mayores, si por desgracia lo arrancase de él el torbellino de las conmociones políticas. No: los franceses no pueden olvidar á Luis XVIII, y por consiguiente respetarán al que se coloca en el trono con el noble anhelo de seguir sus huellas.

UNIVERSIDAD DE MURCIA



1287590

173955

LOS BANDOS DE CASTILLA,

6

EL CABALLERO DEL CISNE:

NOVELA ESPAÑOLA POR DON RAMON LOPEZ-SOLER: TRES TOMITOS EN 16 CON HERMOSAS LAMINAS. VALENCIA, POR CABRERIZO, AÑO 1830: á 30 rs. rústica y 36 pasta.

Esta obrita debe considerarse como una novedad literaria, pues que, imitando las de *Walter Scott*, abre el campo á un nuevo género de novelas. El autor coloca la escena en el siglo XV, y desenvolviendo el gradioso cuadro de la época de Don Juan el II, ofrece á nuestra vista toda la gala y la esplendidez de aquella edad entusiasmada y heroica. Tanto en la brillantez de las ideas, como en la gallardía de una dición armoniosa y pura, se percibe cierto espíritu caballeresco, cierto sabor de aquellos tiempos de grandes recuerdos, el cual eleva el ánimo del lector y mágicamente le presenta la antigua corte de Castilla con todo el ornato y la arrogancia que formaban su carácter. He aquí el dictámen que dió acerca de semejante obra la persona nombrada para censurarla, bien conocida entre los literatos españoles por su docta erudición, feliz crítico y esquisito gusto.

Censura del caballero del Cisne. — «El decreto de V. S. que precede, me ha proporcionado la complacencia de leer la novela histórica del *Caballero del Cisne*, ó *los Bandos de Castilla*, y la he tenido no poca al ver que en medio del torrente de traducciones incorrectas de las obras de esta clase que nos inundan, se escriba una u otra que, reuniendo la propiedad del lenguaje, el recuerdo de hechos nacionales, y la pintura de las costumbres de la antigua nobleza castellana y aragonesa, transfiera á nuestro idioma las bellezas y sana filosofía de los modernos romancistas ingleses y franceses, pues si por el gusto del siglo la afición á la lectura en ambos sexos no puede generalizarse sino por medio de libros que tengan el aspecto é inventiva de novelas, al menos consérvense en ellas la memoria, los caracteres y la verdad de la historia de los que nos precedieron y sean españolas en su invención, en su estilo, en su habla y en sus poesías: estas cualidades brillan en el *Caballero del Cisne*, sin que las empañen otras en que se ofenda la religion, se alzarne el pudor ó se ataquen nuestras leyes y los derechos de la soberanía: en tal concepto opino que puede V. S. dar el permiso para la impresion, somitiendo empero al superior juicio de V. S. el particular que he formado del manuscrito que devuelvo. Valencia 11 de Junio 1830.»

Esta obrita se halla en la misma librería en que se vende el presente cuaderno, á 34 rs. vn. en rústica fuera de Valencia.

ONTAÑA
D. S.
S. L. L.
S. L. L.

N.º